
La Ñacaniná

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9077

Título: La Ñacaniná

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento, Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 28 de julio de 2026

Fecha de modificación: 28 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Ñacaniná

Un hombre, cuya veracidad es para mí el Evangelio, me contó una vez que habiendo encontrado en un naranjal de Misiones una ñacaniná, le tiró, como por broma, una naranja desde diez metros de distancia. La culebra se había vuelto hacia él, observándolo. Como el hombre insistiera con otra naranja, la ñacaniná lo había atacado. Ni el hombre ni yo sabemos nada del carácter de este ataque, pues aquél huyó sin volverse a ver si le seguían. Cuánto puede haber durado la persecución, si llegó a haberla, lo ignora el hombre.

Son estos los datos más concretos y fidedignos que poseo sobre la famosa acometividad de la ñacaniná. Personalmente, no poseo experiencia sobre ella. Las contadas veces que he estado al alcance de una ñacaniná, no he sido yo actor. En compañía de un peón de obraje, en el Chaco, hemos visto surgir por entre los troncos de un rozado una linda cabeza de ñacaniná al acecho. Nacaniná negra, brava entre todas, y con no menos de tres metros de cuerpo oculto, según era de sólida su testa. El peón ha contenido mi curiosidad volteando rápidamente el winchester sobre el animal. "Ya iba a saltar" —me ha dicho, tras la explosión. Es lo que ignoro.

Otro hombre fidedigno me ha contado que, yendo un día distraído por un sendero del monte, vio en el suelo, a sus pies, una cola de víbora. Siguiendo con la vista el cuerpo semioculto, llegó a volver la cabeza atrás, pues luego de hacer una gran curva, el cuerpo viraba hasta sus espaldas, al punto de que la cabeza de la víbora se alzaba a dos cuartas del suelo. Era una ñacaniná. Que habiendo ido a coger la escopeta, pues el tamaño y la actitud del animalito le imponían, no la halló de vuelta en el mismo lugar, y sí doscientos metros antes, avanzando a su encuentro por la picada, y con la cabeza esta vez a tres cuartas del suelo.

No poseo, como he dicho, más datos concretos sobre esta culebra, pero el repertorio de las hazañas llevadas a cabo por la ñacaniná es fantástico. Una persona culta sobre toda ponderación, me informó cierta vez de que

en Corrientes se vio forzado a huir a todo escape a caballo, de una ñacaniná que se mantenía corriendo a su lado a la altura del estribo. Nada en el mundo aventaja a la imaginación en buena fe.

Me inclino a creer que no hay en serpiente alguna coraje e irascibilidad suficientes para perseguir a un hombre. Un oficial de la India cuenta, bajo su palabra, que habiéndose entretenido un día con una nidada de cobra capelo real, fue sorprendido por ésta, y perseguido tenazmente cuadras y cuadras, al extremo de que sólo debió su salvación al hecho de que su turbante cayera al agua, mientras cruzaba desesperadamente un río a nado, con la hamadrías tras él. La hamadrías atacó furiosamente al turbante, y el oficial narró luego lo sucedido. Pero las circunstancias, bajo el sol de fuego de la India, son sobrado dramáticas para admitirlas como artículo de fe.

Una vez, sin embargo, pude haberme cerciorado a fondo respecto de la ñacaniná, de presentarse la aventura con menos humor.

Monteábamos tres personas en Misiones, cuando en la resquebrajadura muy sombría de un alto paredón de piedra, uno de nosotros percibió un voluminoso hongo de árbol. Estos hongos leñosos, muy particulares allí, de dorso oscuro y parte inferior nacarada, recuerdan singularmente a una cabeza de víbora.

Extrañado de hallar tal hongo en tan insólito lugar, mi compañero se entretuvo en pasar una mínima varita —el dedo casi— por lo que podrían ser mandíbulas de la víbora. Procediendo así, llamóle la atención el que cada vez que la ramita pasaba por el sitio que simulaban los ojos, dichos ojos parecían vibrar imperceptiblemente. Mi compañero acercó más entonces la cara... y dió un paso atrás.

El hongo era real y efectivamente una víbora, una ñacaniná negra con su invisible cuerpo repleto de promesas, a juzgar por su tremenda cabeza. Tranquilizada con nuestro silencio y la actitud del hombre junto al paredón, la serpiente se había mantenido a la expectativa. Y cuando el curioso comenzó a hacerle cosquillas con la pajita, la víbora se halló, sin duda, en la plenitud de la gloria.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)